

OTHÓN, MANUEL JOSÉ (1858-1906)

*ANTOLOGÍA POÉTICA*

INDICE:

A TRAVÉS DE LA LLUVIA  
ANGELUS DOMINI  
CANTO NUPCIAL  
CREPÚSCULOS  
EL HIMNO DE LOS BOSQUES  
EL RUISEÑOR  
EL RÍO  
EN LA ESTEPA MALDITA  
EN TUS ARAS QUEMÉ MI ÚLTIMO INCIENSO  
ENVÍO  
EPITALAMIO  
¡ES MI ADIÓS!  
FRONS IN MARE  
IDILIO SALVAJE  
INVOCACIÓN  
LA CAMPANA  
LA CANCIÓN DEL OTOÑO  
LA LLANURA AMARGUÍSIMA Y SALOBRE  
MIRA EL PAISAJE  
NOCHE RUSTICA DE WALPURGIS  
NOCTIFER  
NOCTURNO  
NOSTÁLGICA  
OCASO  
PAISAJES  
POEMA DE LA VIDA  
PULCHERRIMA DEA  
QUÉ ENFERMA Y DOLORIDA LONTANANZA  
UNA ESTEPA DEL NAZAS  
VOZ INTERNA  
Y NO SABRÉ DECIRTE...  
YA DE GLICERIS LA MIRADA ARDIENTE...

## A TRAVÉS DE LA LLUVIA

Llueve. Del sol glorioso  
los rayos fulgurantes  
refléjanse en el agua,  
cual sobre níveo tul.

Topacios encendidos  
y diáfanos brillantes  
desfilan temblorosos,  
rayando el cielo azul.

El oro de la tarde,  
bañado por la lluvia,  
inunda todo el éter  
espléndido y triunfal;  
sacude sobre el campo  
su cabellera rubia  
para empaparlo en gotas  
de fúlgido cristal.

La aldea allá a lo lejos,  
detrás del sembradío,  
del impalpable velo  
que cúbre-la, a través,  
su blanca torre muestra  
su alegre caserío,  
enamorada siempre  
del aire montañés.

Se escapan del ardiente  
fogón de los jacales  
penachos criniformes  
de cándido algodón,  
que luego desmenuzan  
los vientos boreales,  
prendiéndolos al pico  
más alto del peñón.

Agita gravemente

sobre la verde falda  
sus cien robustos brazos  
el índico nopal,  
que siente coronarse  
sus pencas de esmeralda  
por tunas cremesinas  
de grana y de coral.

Para pintar las cumbres  
el sol, divino artista,  
aglomeró colores  
de audaz entonación:  
azul de lapislázuli,  
violáceo de amatista  
y rojo flameante  
de ardiente bermellón.

La lluvia, que gotea  
en perlas virginales,  
enciende más los vivos  
matices de la luz;  
el sepia en los troncos,  
el flavo en los jacales  
y el glauco en la colgante  
melena del sauz.

Son carne las canteras,  
las lajas obsidiana,  
es mármol y alabastro  
la aguja del crestón,  
y son gigantes bloques  
de tersa porcelana  
los riscos de la sierra  
que descuajó el turbión.

La tarde va cayendo,  
y aún llueve. Ya reclina  
el sol en la montaña  
su coruscante sien;  
con ópalos y perlas  
esmalta la colina,  
irisa los picachos  
con ópalos también.

El iris, sobre el cielo  
que el sol poniente dora,

estalla en luminosa  
policroma explosión;  
de rosa y amarillo  
las cúspides colora  
y canta en el espacio  
la universal canción.

Tendido tras la sierra,  
cruzado por las gotas  
de la sonante lluvia  
que cae sin cesar,  
es una lira etérea  
de cristalinas notas  
que se oye con los vientos  
unísona vibrar.

Aún llueve. El sol oculta  
su agonizante disco,  
dejando un horizonte  
perlino y flor de lis.  
Se van desvaneciendo  
la cúpula, y el risco,  
y el sauce, sobre un vago  
y enorme fondo gris.

A los arroyos mansos  
el agua pura y fresca  
desciende borbollante  
del limpio manantial;  
se quiebra con las gotas  
que en danza hechiceresca  
palpitan, bullen, saltan  
sobre el azul cristal.

Y en torno del pantano  
que a poco se ennegrece,  
bajo la red hojosa  
que el saucedal tejió,  
el fuego fatuo corre,  
fulgura, palidece,  
travieso duendecillo  
que el fósforo engendró.

¡Oh lluvia alegre y buena!  
Tras tu fulgente velo,  
ebria de luz y vida,

ve el alma aparecer  
el aire alborozado,  
y esplendoroso el cielo,  
y el campo rebosante  
de amor y de placer.

Y puede, tras tus gasas  
flotantes y ligeras,  
mirar, allá a lo lejos,  
el labrador feliz,  
cubiertas las campiñas  
de blondas sementeras,  
repletos los graneros  
de trigo y de maíz.

¡Oh lluvia, no decrezcas!,  
fecunda las simientes  
que bajo el hondo surco  
ya germinando están;  
que son tus diminutos  
aljófares lucientes  
para los campos, gloria;  
para los pobres, pan.

## ANGELUS DOMINI

### I

Sobre el tranquilo lago, occiduo el día,  
flota impalpable y misteriosa bruma  
y a lo lejos vaguísima se esfuma  
profundamente azul, la serranía.

Del cielo en la cerúlea lejanía  
desfallece la luz. Tiembla la espuma  
sobre las ondas de zafir, y ahúma  
la chimenea gris de la alquería.

Suenan los cantos del labriego; cava  
la tarda yunta el surco postrimero.  
Los últimos reflejos de luz flava

en el límite brillan del potrero  
y, a media voz, la golondrina acaba

su gárrulo trinar, bajo el alero.

## II

Ondulante y azul, trémulo y vago,  
el ángel de la noche se avecina,  
del crepúsculo envuelto en la neblina  
y en los vapores gráciles del lago.

Del septentrión al murmurante halago  
los pliegues de su túnica divina  
se extienden sobre el valle y la colina,  
para librarlos del nocturno estrago.

Su voz tristezas y consuelo vierte.  
Humedecen sus ojos de zafiro  
auras de vida y ráfagas de muerte.

Levanta el vuelo en silencioso giro  
y, al llegar a la altura, se convierte  
en oración, y lágrima, y suspiro.

## CANTO NUPCIAL

(A Ladislao Gómez Palacio)

Un nuevo hogar es huerto florecido  
de jazmines, y lirios, y azahares,  
entre cuyas alburas estelares  
se estremece el amor como un latido.

Surge de cada flor, de cada nido,  
un verso del Cantar de los Cantares  
y pasan, del Hermón por los pinares,  
suspirando los vientos un gemido.

De Galaad por los collados bajan  
triscando las ovejas. En las viñas  
de Engaddi el zumo los racimos cuajan;  
mientras la esposa ve, desde el umbroso  
retiro, que atraviesa las campiñas  
y se acerca a sus puertas el esposo.

Oh esposa virgen y radiante!, mira:

el amor en sus ojos centellea  
y el coro de los sueños le rodea  
y a su oído solícito suspira.

A infundirte su alma sólo aspira.  
Su cerebro, que es urna de la idea,  
cual una forja ignífera chispea.  
Canta su corazón como una lira.

¡El coro de los sueños! Los amigos  
del esposo, que en júbilo inundados,  
de su dicha inmortal serán testigos...

Los recuerdos del niño, los anhelos  
viriles que le ascienden, ya encarnados,  
en su viaje contigo, hasta los cielos.

Y a ti, joven y fuerte, en los umbrales  
del sagrado refugio, jubilosa  
te espera amante la rendida esposa  
bajo los resplandores otoñales.

Tampoco sola está: las virginales  
compañeras, de frente ruborosa,  
tienden sobre ella su dosel de rosa  
al compás de los cánticos nupciales.

Son las ansias sin fin, las esperanzas,  
las ilusiones del amor, venidas  
de azules y profundas lontananzas.

Todas alzan un himno al varón fuerte  
que ha de llevar dos almas y dos vidas  
a través de la vida y de la muerte.

## CREPÚSCULOS

### I

Rubia la aroma luce en el oriente  
sus galas más espléndidas de fiesta,  
que amorosa y rendida ya se apresta  
del esposo a besar la roja frente.

Para verle asomar alza su ingente  
tajada cumbre la montaña enhiesta;  
prepara su incienso la floresta,  
su trino el ave y su rumor la fuente.

El cielo gotas de cristal rocía  
en corolas y muérdagos. Los vientos  
tañen las ramas de la selva umbría.  
Y alza a su Dios en rítmicos acentos,  
como grata oración del nuevo día,  
himnos la tierra, el hombre pensamientos.

## II

Tramonta el sol. Esmalta la colina  
de su postrera luz con el escaso  
fulgor, que va envolviendo en el ocaso  
con su túnica blanca la neblina.  
Desbarátase la húmeda calina  
en la llana extensión del campo raso,  
y ya por el oriente, paso a paso,  
la silenciosa noche se avecina.

Todo es misterio y paz. El tordo canta  
sobre los olmos del undoso río;  
el hato a los apriscos se adelanta,  
flota el humo en el pardo caserío,  
y mi espíritu al cielo se levanta  
hasta perderse en Ti. ¡Gracias, Dios mío!

## EL HIMNO DE LOS BOSQUES

### I

En este sosegado apartamiento  
lejos de cortesanas ambiciones,  
libre curso dejando al pensamiento,  
quiero escuchar suspiros y canciones.

¡El himno de los bosques! Lo acompaña  
con su apacible susurrar el viento,  
el coro de las aves con su acento,



con su rumor eterno la montaña.

El torrente caudal se precipita  
a la honda sima, con furor azota  
las piedras de su lecho, y la infinita

estrofa ardiente de los antros brota.  
¡Del gigante salterio en cada nota  
el salmo inmenso del amor palpita!

## II

Huyendo por la selva presurosos  
se pierden de la noche los rumores;  
los mochuelos ocúltanse medrosos  
en las ruinas, y exhalan los alcores  
sus primeros alientos deleitosos.  
Abandona mis parpádos el sueño,  
la llanura despierta alborozada:  
con su semblante pálido y risueño,  
la vino a despertar la madrugada.  
Del oriente los blancos resplandores  
a aparecer comienzan; la cañada  
suspira vagamente, el sauce llora  
cabe la fresca orilla del riachuelo,  
y la alondra gentil levanta al cielo  
un prelude del himno de la aurora.  
La bandada de pájaros canora  
sus trinos une al murmurar del río;  
gime el follaje temblador, colora,  
y a lo lejos blanquea el caserío.  
Y va creciendo el resplandor y crece  
el concierto a la vez. Ya los rumores  
y los rayos de luz hinchen el viento,  
hacen temblar el éter, y parece  
que en explosión de notas y colores  
va a inundar a la tierra el firmamento.

## III

Allá, tras las montañas orientales,  
surge de pronto el sol, como una roja  
llamarada de incendios colosales,  
y sobre los abuptos peñascales  
ríos de lava incandescente arroja.  
Entonces, de los flancos de la sierra  
bañada en luz, del robledal oscuro,  
del espantoso acantilado muro  
que el paso estrecho a la hondonada cierra;  
de los profundos valles de los lagos  
azules y lejanos que se mecen  
blandamente del aura a los halagos,  
y de los matorrales que estremecen  
los vientos, de las flores, de los nidos,  
de todo lo que tiembla o lo que canta,  
una voz poderosa se levanta  
de arpegios y sollozos y gemidos.

Mugen los bueyes que a los pastos llevan  
silbando los vaqueros, mansamente  
y perezosos van, y los abrevan  
en el remanso de la azul coriente.  
Y mientras de las cabras el ganado  
remonta, despuntando los gramales,  
torpes en el andar, los recentales  
se quejan blanda y amorosamente  
con un tierno balido entrecortado.  
Abajo, entre la malla de raíces  
que el tronco de las ceibas ha formado,  
grita el papán y se oye en el sembrado  
cuchichiar a las tímidas perdices.

Mezcla aquí sus ruidos y sus sonos  
todo lo que voz tiene: la corteza  
que hincha la savia ya, crepitaciones,  
su rumor misterioso la maleza  
y el clarín de la selva sus canciones.  
Y a lo lejos, muy lejos, cuando el viento,  
que los maizales apacible orea,  
sopla del septentrión, se oye el acento

y algazara que, locas de contento,  
forman las campanitas de la aldea....  
¡Es que también se alegra y alboroz  
el viejo campanario! La mañana  
con húmedas caricias lo remoza:  
sostiene con amor la cruz cristiana  
sobre su humilde cúpula; su velo,  
para cubrirlo, tienden las neblinas,  
como cendales que le presta el cielo  
y en torno de la cruz las golondrinas  
cantan, girando en caprichoso vuelo.

#### IV

Oigo pasar, bajolas frescas chicas,  
que del sol templan los ardientes rayos,  
en bandadas, los verdes guacamayos,  
dispersas y en desorden las urracas.  
Va creciendo el calor. Comienza el viento  
las alas a plegar. Entre las frondas,  
lanzando triste y gemidor acento,  
la solitaria tórtola aletea.  
Suspenden los sauces su lamento,  
calla la voz de las cañadas hondas  
y un vago y postrer hálito menea,  
rozando apenas, las espigas blondas.

Entonces otros múltiples rumores  
como un enjambre llegan a mi oído:  
el chupamirto vibra entre las flores,  
sobre el gélido estanque adormecido  
zumba el escarabajo de colores,  
en tanto la libélula, que rasa  
la clara superficie de las ondas,  
desflora los cristales tembladores  
con sus alas finísimas de gasa.

El limpio manantial gorgoritea  
bajo el peñasco gris que le sombrea,  
corre sobre las guijas murmurando,

lame las piedras, los juncos baña  
y en el lago se hunde; la espadaña  
se estremece a la orilla susurrando  
y la garza morena se pasea  
al son del agua cariñoso y blando.

## V

Ya sus calientes hálitos la siesta  
echa sobre los campos. Agostada  
se duerme la amapola en la floresta  
y, muerta, la campánula morada  
se desarraiga de la roca enhiesta;  
pero en la honda selva estremecida  
no deja aún de palpar la vida:  
toda rítmica voz la manifiesta.  
No ha callado una nota ni un ruido:  
en el espacio rojo y encendido  
se oye a los cuervos crascitar, veloces  
la atmósfera cruzando, y la montaña  
devuelve el eco de sus roncadas voces.  
Las palomas zurean en el nido,  
entre las hojas de la verde caña  
se escucha el agudísimo zumbido  
del insecto apresado por la araña,  
las ramas secas quiebranse al ligero  
salto de las ardillas, su chasquido  
a unirse va con el golpeo bronco  
del pintado y nervioso carpintero  
que está en el árbol taladrando el tronco  
y las ondas armónicas desgarran,  
con desacorde son, el chirriante  
metálico estridor de la cigarra.  
Corre por la hojarasca crepitante  
la lagartija gris; zumba la mosca,  
luciendo al aire el tornasol brillante  
y, agitando su crótalo sonante,  
bajo el breñal la víbora se enrosca.

El intenso calor ha resecado

la savia de los árboles; cayendo  
algunas hojas van y al abrasado  
aliento de la tierra evaporado,  
se recienta la crústula crujiendo.  
En tanto yo, cabe la margen pura,  
del bosque por los sonos arrullado,  
cedo al sueño embriagante que me enerva  
y allo reposo y plácida frescura.  
sobre la alfombra de tupida hierba.

## VI

Trepando, audaz, por la empinada cuesta  
y rompiendo los ásperos ramajes,  
llego hasta el dorso de la abrupta cresta,  
donde forman un himno, a toda orquesta,  
los gritos de los pájaros salvajes.  
con los temblores del pinar sombrío  
mezcla su canto el viento, la hondonada  
su salmodia, su alegre carcajada  
las cataratas del lejano río.  
Brotan la fuente en escondida gruta  
con plácido rumor y, acompasada,  
por la trémula brisa acariciada,  
la selva agita su melena hirsuta.  
Esta es la calma de los bosques: mueve  
blandamente la tarde silenciosa  
la azul y blanca y ondulante y leve  
gasa que encubre su mirar de diosa.

Mas ya Aquilón sus furias aparejo  
y su pulmón la tempestad inflama.  
Ronco alarido y angustiosa queja  
por sus gargantas de granito deja  
la montaña escapar: maldice, clama,  
el bosque ruje y el torrente brama  
y, de las altas cimas despeñado,  
por el espasmo trágico rompido,  
rueda el vertiginoso acantilado  
donde han hecho las águilas el nido

y su salvaje amor depositado;  
y al mirarle por tierra destruido,  
expresión de su cólera sombría,  
aterrador y lúgubre graznido  
unen a la tremenda sinfonía.

Bajo hasta la llanura. Hinchado el río  
arrastra, en pos, peñascos y troncos  
que con las ondas encrespadas luchan.  
En las entrañas del abismo frío  
que parecen hervir, palpitaciones  
de una monstruosa víscera se escuchan.  
Retorcidas raíces, al empuje  
feroz, rompen su cárcel de terrones.  
Se desgaja el espléndido follaje  
del viejo tronco que al rajarse cruje;  
el huracán golpea los peñones,  
su última racha entre las grietas zumba  
y es su postrer rugido de corjaje  
el trueno que, alejándose, retumba  
sobre el desierto y lóbrego paisaje...

## VII

Augusta ya la noche se avecina,  
envuelta en sombras. El fragor lejano  
del viento aún estremece la colina  
y las espigas del trigal inclina,  
que han sispersado por la tierra el grano.  
Siento bajo mis pies trepidaciones  
del peñascal; entre su quiebra oscura,  
revuelto el manantial, ya no murmura,  
salta, garrulador, a borbotones.  
Son las últimas notas del concierto  
de un día tropical. En el abierto  
espacio del poniente; un rayo de oro  
vacila y tiembla. El valle está desierto  
y se envuelve en cendales amarillos  
que van palideciendo. Ya el sonoro  
acento de la noche se levanta.

Ya empiezan melancólicos los grillos  
a preludiar en el solemne coro...  
¡Ya es otra voz inmensa la que canta!

Es el supremo instante. Los ruidos  
y las quejas, los cantos y rumores  
escapados del fondo de los nidos,  
de las fuentes, los árboles, las flores;  
el sonrosado idilio de la aurora,  
de estrofas cremesinas que el sol dora,  
la égloga de la verde pastoría,  
la oda de oro que al mediar el día  
de púrpura esplendente se colora,  
de la tarde la pálida elegía  
y la balada azul, la precursora  
de la noche tristesima y sombría:  
todo ese inmenso y continuado arpeggio,  
y versos de un divino florilegio,  
cual bandada de pájaros canora,  
acude a guarecerse en la campana  
de la rústica iglesia que; lejana,  
se ve sobre las lomas descollando.  
Y en el instante místico en que al cielo  
el Angelus se eleva, condensando  
todas las armonías de la tierra,  
el himno de los bosques alza el vuelo  
sobre lago, colinas, valle y sierra;  
y al par de la expresión que en su agonía  
la tarde eleva a la divina altura,  
del universo el corazón murmura  
esta inmensa oración: ¡Salve, María!

## EL RUISEÑOR

Oid la campanita, cómo suena,  
el toque del clarín, cómo arrebatada,  
las quejas en que el viento se desata  
y del agua el rodar sobre la arena.

Escuchad la amorosa cantilena  
de Favonio rendido a Flora ingrata  
y la inmensa y divina serenata  
que Pan modula en la silvestre avena.

Todo eso hay en mis cantos. Me enamora  
la noche; de los hombres soy delicia  
y paz, y entre los árboles cubierto,

sólo yo alcé mi voz consoladora,  
como una blanda y celestial caricia,  
cuando Jesús agonizó en el huerto.

## EL RIO

Triscad, oh linfas, con la grácil onda,  
gorgoritas, alzad vuestras canciones.  
y vosotros, parleros borbollones,  
dialogad con el viento y con la fronda.

Chorro garrulador, sobre la honda  
cóncava quiebra, rómpete en jirones  
y estrella contra riscos y peñones  
tus diamantes y perlas de Golconda.

Soy vuestro padre el río. Mis cabellos  
son de la luna pálidos destellos,  
cristal mis ojos del cerúleo manto.

Es de musgo mi barba trasparente,  
ópalos desleídos son mi frente  
y risa de las náyades mi canto.

## EN LA ESTEPA MALDITA

En la estepa maldita, bajo el peso  
de sibilante brisa que asesina,  
irgues tu talla escultural y fina



como un relieve en el confín impreso.

El viento, entre los médanos opreso,  
canta como una música divina,  
y finge bajo la húmeda neblina,  
un infinito y solitario beso.

Vibran en el crepúsculo tus ojos,  
un dardo negro de pasión y enojos  
que en mi carne y mi espíritu se clava;

y destacada contra el sol muriente,  
como un airón, flotando inmensamente,  
tu bruna cabellera de india brava.

### EN TUS ARAS QUEMÉ MI ÚLTIMO INCIENSO...

En tus aras quemé mi último incienso  
y deshojé mis postrimeras rosas.  
Do se alzaban los templos de mis diosas  
ya sólo queda el arenal inmenso.

Quise entrar en tu alma, y qué descenso,  
¡qué andar por entre ruinas y entre fosas!  
¡A fuerza de pensar en tales cosas  
me duele el pensamiento cuando pienso!

¡Pasó...! ¿Qué resta ya de tanto y tanto  
deliquio? En ti ni la moral dolencia,  
ni el dejo impuro, ni el sabor del llanto.

Y en mi ¡qué hondo y tremendo cataclismo!  
¡Qué sombra y qué pavor en la conciencia,  
y qué horrible disgusto de mi mismo!

### ENVÍO

En tus aras quemé mi último incienso  
y deshojé mis postrimeras rosas.  
Do se alzaban los templos de mis diosas  
ya sólo queda el arenal inmenso.

Quise entrar en tu alma, y ¡qué descenso,  
qué andar por entre ruinas y entre fosas  
¡A fuerza de pensar en tales cosas,  
me duele el pensamiento cuando pienso!  
¡Pasó!... ¿Qué resta ya de tanto y tanto  
deliquio? En ti, ni la moral dolencia  
ni el dejo impuro ni el sabor del llanto.  
Y en mí, ¡qué hondo y tremendo cataclismo!  
¡Qué sombra y qué pavor en la conciencia,  
y qué horrible disgusto de mí mismo!

### EPITALAMIO

Todo, al soplar las brisas tropicales,  
mueve la sangre y todo a amar provoca.  
Naturaleza entera es una boca  
donde palpitan besos inmortales.  
Requíébranse en la rama los turpiales,  
lanzando su canción alegre y loca  
y, en la cortante arista de la roca,  
se acarician las águilas reales.

Tálamo de las tiernas golondrinas  
es el aire, del tigre la espelunca,  
del triscador ganado las colinas . . .  
Nada tu fuerza poderosa trunca,  
pues, renaciendo tú de las ruinas,  
¡oh, fecundante Amor, no mueres nunca!

¡ES MI ADIÓS...! ALLÁ VAS, BRUNA Y AUSTERA...

¡Es mi adiós...! Allá vas, bruna y austera,  
por las planicies que el bochorno escalda,  
al verberar tu ardiente cabellera,  
como una maldición, sobre tu espalda.

En mis desolaciones ¿qué te espera?  
-ya apenas veo tu arrastrante falda-  
una deshojazón de primavera  
y una eterna nostalgia de esmeralda.

El terremoto humano ha destruido

mi corazón y todo en él expira.  
¡Mal hayan el recuerdo y el olvido!

Aún te columbro, y ya olvidé tu frente;  
sólo, ay, tu espalda miro cual se mira  
lo que huye y se aleja eternamente.

#### FRONS IN MARE

Cada vida mortal es una hoja  
que el árbol guarda a octubre amarillento;  
cuando secas están se agita el viento  
y al bramador torrente las arroja.

Mas ¿por qué de la tuya nos despoja,  
si era fronda que el aire tremulento  
acariciaba con divino acento,  
bajo un alba de abril dorada y roja?

Del huracán al golpe furibundo  
cayó la verde hojita en la corriente  
del manso río azul que, desde el mundo,

en sus ondas purísimas y bellas  
la llevó, cariñosa y blandamente  
hasta el sereno mar de las estrellas.

#### IDILIO SALVAJE

¿Por qué a mi helada soledad viniste  
cubierta con el último celaje  
de un crepúsculo gris?... Mira el paisaje,  
árido y triste, inmensamente triste.

Si vienes del dolor y en él nutriste  
tu corazón, bien vengas al salvaje  
desierto, donde apenas un miraje  
de lo que fue mi juventud existe.

Mas si acaso no vienes de tan lejos  
y en tu alma aún del placer quedan los dejos,  
puedes tornar a tu revuelto mundo.

Si no, ven a lavar tu ciprio manto  
en el mar amarguísimo y profundo  
de un triste amor o de un inmenso llanto.

## INVOCACIÓN

No apartes, adorada Musa mía,  
tu divino consuelo y tus favores  
del alma que, nutrida en los dolores,  
abrasa el sol y el desaliento enfría.

Aparece ante mí como aquel día  
primero de mis jóvenes amores  
y tu falda blanquísima con flores  
modestas u olorosas atavía.

¡Oh, tú, que besas mi abrasada frente  
en horas de entusiasmo o de tristeza,  
que resuene en tu canto inmensamente

tu amor a Dios, tu culto a la Belleza,  
alma del Arte, y tu pasión ardiente  
a la madre inmortal Naturaleza!

## LA CAMPANA

¿Qué te dice mi voz a la primera  
luz auroral? "La muerte está vencida,  
ya en todo se oye palpar la vida,  
ya el surco abierto la simiente espera".

Y de la tarde en la hora postrimera:  
"Descansa ya. La lumbre está encendida  
en el hogar..." Y siempre te convida  
mi acento a la oración en donde quiera.

Convoco a la plegaria a los vivientes,  
plañe a los muertos con el triste y hondo  
son de sollozo en que mi duelo exployo.

Y, al tremendo tronar de los torrentes

en pavorosa tempestad, respondo  
con férrea voz que despedaza el rayo.

## LA CANCIÓN DEL OTOÑO

### I

Zumba ¡oh viento! zumba y ruge  
dispersando la simiente;  
que la crútula reviente  
a la furia de tu empuje.

La hojarasca cruje, y cruje  
el ramaje tristemente;  
que tu garra prepotente  
los retuerza y los estruje.

Resonando las serojas  
se estremecen al chasquido  
que crepita en las panojas,

y es canción en la espesura,  
en las ruinas alarido  
y en los nervios crispatura.

### II

Bajo el oro fulgurante  
del espacio, la llanada  
se enrojece caldeada  
por el sol reverberante;

y en la milpa, centelleante  
por la escarcha de la helada,  
blonda virgen cobijada  
con un velo de diamante.

Oro y grana las campiñas  
que el divino cielo cubre,  
son sembrados y son viñas;

y a los soplos otoñales,  
los viñedos seca Octubre  
y Noviembre los maizales.

### III

Ancho río, cauce angosto,  
ya no se oye vuestro acento;  
hoy seguís en curso lento,  
resecados por Agosto.

Por el zumo del remosto  
cuando corre, pasa el viento  
preludiando tremulento  
la anacreónica del mosto...

Alza a ti la creatura  
un acento soberano,  
pues le ofrece tu ternura,

¡oh, invisible Pan divino!  
tu substancia, que es el grano,  
y tu sangre, que es el vino.

### LA LLANURA AMARGUÍSIMA Y SALOBRE...

La llanura amarguísima y salobre,  
enjuta cuenca de océano muerto,  
y en la gris lontananza, como puerto,  
el peñascal, desamparado y pobre.

Unta la tarde en mi semblante yerto  
aterradora lobretez, y sobre  
tu piel, tostada por el sol, el cobre  
y el sepia de las rocas del desierto.

Y en el regazo donde sombra eterna,  
del peñascal bajo la enorme arruga,  
es para nuestro amor nido y caverna,

las lianas de tu cuerpo retorcidas  
en el torso viril que te subyuga,  
con una gran palpitación de vidas.

## MIRA EL PAISAJE: INMENSIDAD ABAJO...

Mira el paisaje: inmensidad abajo,  
inmensidad, inmensidad arriba;  
en el hondo perfil, la sierra altiva  
al pie minada por horrendo tajo.

Bloques gigantes que arrancó de cuajo  
el terremoto, de la roca viva;  
y en aquella sabana pensativa  
y adusta, ni una senda ni un atajo.

asoladora atmósfera candente  
de se incrustan las águilas serenas  
como clavos que se hunden lentamente.

Silencio, lobreguez pavor tremendos  
que viene sólo a interrumpir apenas  
el galope triunfal de los berrendos.

## NOCHE RÚSTICA DE WALPURGIS

### I. Invitación al poeta

Coge la lira de oro y abandona  
el tabardo, descázate la espuela,  
deja las armas que para esta vela  
no has menester ni daga, ni tizona.

Si tu voz melancólica no entona  
ya sus himnos de amor, conmigo vuela  
a esta región que asombra y que consuela;  
pero antes ciñe la triunfal corona.

Tú, que de Pan comprendes el lenguaje,  
ven de un drama admirable a ser testigo.  
Ya el campo eleva su canción salvaje;

Venus se prende el luminoso broche . . .  
Sube al agrio peñón, y oirás conmigo  
lo que dicen las cosas en la noche

## II. Intempesta nox

Media noche. Se inundan las montañas  
en la luz de la luna transparente  
que vaga por los valles tristemente  
y cobija, a lo lejos, las cabañas.

Lanzas de plata en el maizal las cañas  
semejan al temblar, nieve el torrente,  
y se cuaja el vapor trágicamente  
del barranco en las lóbregas entrañas . . .

Noche profunda, noche de la selva,  
de quimeras poblada y de rumores,  
sumérgenos en ti: que nos envuelva

el rey de tus fantásticos imperios  
en la clámide azul de sus vapores  
y en el sagrado horror de sus misterios.

## III. El harpa

Hay, en medio del rústico boscaje  
un tronco retorcido y corpulento;  
enorme roca sírvele de asiento  
y frondas opulentas de ropaje.

Cuando, como a través de fino encaje,  
el rayo de la luna tremulento  
pasa desde el azul del firmamento,  
la verde filigrana del follaje,

desbarátase en haz de vibradores  
hilos de luz que tiemblan, cual tañidos  
por un plectro que el céfiro menea.

¡Harpa inmensa del campo, no hay cantores  
que a tus himnos respondan, ni hay oídos  
que comprendan tu estrofa gigantea!



#### IV. El bosque

Bajo las frondas trémulas e inquietas  
que forman mi basílica sagrada,  
ha de escucharse la oración alada,  
no el canto celestial de los poetas.

Albergue fui de druidas. Los ascetas,  
en mis troncos de crústula rugada,  
infligieron su frente macerada  
y colgaron sus harpas los profetas.

Y, en tremenda ocasión, el errabundo  
viento espantado suspendió su vuelo,  
al escuchar de mi interior profundo

brotar, con infinito desconsuelo,  
la más grande oración que desde el mundo  
se ha alzado hasta las cúpulas del cielo.

#### V. El ruiseñor

Oíd la campanita, cómo suena;  
el toque del clarín, cómo arrebatada;  
las quejas en que el viento se desata,  
y del agua el rodar sobre el arena.

Escuchad la amorosa cantilena  
de Favonio rendido a Flora ingrata,  
y la inmensa y divina serenata  
que Pan modula en la silvestre avena.

Todo eso hay en mis cantos. Me enamora  
la noche; de los hombres soy delicia  
y paz, y entre los árboles cubierto,

sólo yo alcé mi voz consoladora,  
como una blanda y celestial caricia,  
cuando Jesús agonizó en el huerto.

#### VI. El río

Triscad, oh linfas, con la grácil onda;  
gorgoritas, alzad vuestras canciones,  
y vosotros; parleros borbollones,  
dialogad con el viento y con la fronda.

Chorro garrulador, sobre la honda  
cóncava quiebra, rómpete en jirones  
y estrella contra riscos y peñones  
tus diamantes y perlas de Golconda.

Soy vuestro padre el río. Mis cabellos  
son de la luna pálidos destellos,  
cristal mis ojos del cerúleo manto.

Es de musgo mi barba transparente,  
ópalos desleídos son mi frente  
y risas de las náyades mi canto.

## VII. Las estrellas

¿Quién dice que los hombres nos parecen,  
desde la soledad del firmamento,  
átomos agitados por el viento,  
gusanos que se arrastran y perecen?

¡No! Sus cráneos que se alzan y estremecen  
son el más grande asombrador portento:  
fraguas donde se forja el pensamiento  
y que más que nosotras resplandecen!

Bajo la estrecha cavidad caliza  
las ideas en ígnea llamarada  
fulguran sin cesar, y es, ante ellas,

toda la creación polvo y ceniza. . .  
los astros son materia... casi nada...  
¡y las humanas frentes son estrellas!

## VIII. El grillo

¿Dónde hallar, oh mortal, las alegrías  
que con mi canto acompañé en tú infancia?  
¿Quién mide la enormísima distancia  
que éstos separa de tan castos días?

Luces, flores, perfumes, armonías,  
sueños de poderosa exuberancia  
que llenaron de albura y de fragancia  
la vida ardiente con que tú vivías,

ya nunca volverán; pero cantando,  
cabe la triste moribunda hoguera,  
de tu destruida tienda bajo el toldo,

hasta morir te seguiré mostrando  
la ilusión, en la llama postrimera,  
el recuerdo, en el último rescoldo.

#### IX. Los fuegos fatuos

Bajo los melancólicos sauces que  
sombreadan el fétido pantano  
y en la desolación del muerto llano  
sembrado de cadáveres y cruces,

se nos mira brillar, pálidas luces,  
terror del habitante rusticano;  
misteriosos engendros de lo arcano  
envueltos en fosfóricos capuces.

Mas al beso de amor del aire puro  
sobre la infecta corrupción, ileso  
fulguró nuestro ser cual a un conjuro.

Que no existe lo estéril ni lo inerte  
si Pan lo toca, y al brotar un beso  
siempre estalla la luz, aun de la muerte.

#### X. Los muertos

¡Piedad! ¡Misericordia! . . . Fueron vanos  
tanto soberbio afán y lucha tanta.  
Ay, por nosotros vuestra queja santa  
levantad al Señor. ¡Orad, hermanos!

Si oyerais el roer de los gusanos  
en el hondo silencio, cómo espanta,  
sintierais oprimida la garganta

por invisibles y asquerosas manos.

Mas no podéis imaginar los otros  
tormentos que hay bajo la losa fría:  
¡la falta, la carencia de vosotros;

la soledad, la soledad impía! . . .  
¡Ay, que llegue, oh Señor, para nosotros  
de la resurrección el claro día!

## XI. Las aves nocturnas

¡A infundir con el vuelo y los chirridos  
más horror en la noche, más negrura  
en los antros del monte y más pavura  
en las ruinas de sótanos hendidos!

¡A seguir a los pájaros perdidos  
de la arboleda entre la sombra oscura  
y con la garra ensangrentada y dura  
a darles muerte y a asolar sus nidos!

¡A lanzar tan horrísonos acentos,  
desde la cruz del viejo campanario,  
que el valor más indómito se quiebre!

¡A remedar terríficos lamentos,  
de dientes estridor, crujir de osario  
y espasmódicos gritos de la fiebre! . . .

## XII. Intermezzo

Vamos al aquelarre. En la sombría  
cuenca de la montaña, las inertes  
osamentas se animan a los fuertes  
gritos que arroja la caterva impía.

Van llegando sin Dios y sin María,  
présagos de catástrofes y ~muertes...  
Pienso que el cielo llora. . . ¿No lo adviertes?  
Venus es una lágrima muy fría.

Tras nahuales y brujas el coyote  
ulula clamoroso, y aletea,

sobre el negro peñón; el tecolote.

La lechuza silbando horrorizante  
se junta a la fatídica ralea  
¡y el Vaquero Marcial llega triunfante!

### XIII. Las brujas

-Todas las noches me convierto en cabra  
para servir a mi señor el chivo,  
pues, vieja ya, del hombre no recibo  
ni una muestra de amor, ni una palabra.

-Mientras mi esposo está labra que labra  
el terrón, otras artes yo cultivo.  
¿Ves? Traigo un niño ensangrentado y vivo  
para la cena trágica y macabra.

-Sin ojos, pues así se ve en lo oscuro,  
como ven los murciélagos, yo vuelo  
hasta escalar del camposanto el muro.

-Trae un cadáver frío como el hielo.  
Yo a los hombres daré del vino impuro  
que arranca la esperanza y el consuelo.

### XIV. Los nahuales

¡Sús, Vaquero Marcial! De nuestra boca  
los conjuros oirás: aunque en la brega  
quedaste vencedor, siempre a ti llega  
de los hombres la voz que te provoca.

¡Por donde quiera el mal! Tu mano toca  
las campiñas también. Ya en ronda ciega  
el coro de las brujas se despliega  
de ti en derredor, sobre la abrupta roca.

Hijas sois de la víbora y el sapo:  
de vuestro hediondo seno sacad presto  
las efigies ridículas de trapo. . .

¡Oh, representación de los mortales!

mostrad aquí vuestro asombrado gesto  
en la danza infernal de los nahuales.

### XV. El gallo

Hombre, descansa. De tu hogar ahuyento  
el nocturno terror y estoy en vela.  
Sombras de muerte cuyo soplo hiela,  
con mi agudo clarín os amedrento.

Huya la luz y te descuide el viento,  
por preludiar su dulce pastorela.  
Contra el mal, poderoso centinela,  
a su paso espectral estoy atento.

No te inquiete el horrísono alarido  
que escuches en tu sueño, por la vana  
pesadilla maléfica oprimido.

Ya pondrá fin a su croar la rana,  
y yo, con alegrísimo sonido,  
entonaré la jubilosa diana.

### XVI. La campana

¿Qué te dice mi voz a la primera  
luz auroral? "La muerte está vencida,  
ya en todo se oye palpar la vida,  
ya el surco abierto la simiente espera."

Y de la tarde en la hora postrimera:  
"Descansa ya. La lumbre está encendida  
en el hogar . . ." Y siempre te convida  
mi acento a la oración en donde quiera.

Convoco a la plegaria a los vivientes,  
plañó a los muertos con el triste y hondo  
són de sollozo en que mi duelo explayo.

Y, al tremendo tronar de los torrentes  
en pavorosa tempestad, respondo  
con férrea voz que despedaza el rayo.

## XVII. La montaña

El encinar solloza. La hondonada  
que raja el monte, es una boca ingente  
por donde gira el bramador torrente  
de furiosa melena desgreñada.

La piedra tiene acentos. Vibra cada  
roca, como una cuerda, intensamente,  
que en sus moles quedó perpetuamente  
del Génesis la voz petrificada.

Del hondo seno de granito escucha  
las voces, oh poeta. Clama el oro:  
"¡Vive y goza, mortal!" El hierro: "¡Lucha!"

Mas oye, al par, sobre la altura inmensa,  
cantar en almo y perdurable coro  
a las agudas cumbres: "¡Ora y piensa!"

## XVIII. Un tiro

Duda mortal del alma se apodera,  
al oír en la noche la lejana  
detonación, que turba y que profana  
el silencio del bosque y la pradera.

¿Será la bala rápida y certera  
que pone fin a la existencia humana,  
o el golpe salvador que, en lucha insana,  
asesta el montañés sobre la fiera? . . .

Ese ruido mortífero y tonante  
hace temblar al alma sorprendida,  
cuando está de lo incógnito delante.

Para arrancar o defender la vida,  
lo producen lo mismo el caminante  
y el guarda, el asesino y el suicida.

## XIX. El perro

No temas, mi señor: estoy alerta  
mientras tú de la tierra te desligas

y con el sueño tu dolor mitigas,  
dejando el alma a la esperanza abierta.

Vendrá la aurora y te diré: "Despierta,  
huyeron ya las sombras enemigas."  
Soy compañero fiel de tus fatigas  
y celoso guardián junto a tu puerta.

Te avisaré del rondador nocturno,  
del amigo traidor, del lobo fiero  
que siempre anhelan encontrarte inerme.

Y si llega con paso taciturno  
la muerte, con mi aullido lastimero  
también te avisaré... ¡Descansa y duerme!

## XX. La sementera

Escucha el ruido místico y profundo  
con que acompaña el alma primavera  
esta labor enorme que se opera  
en mi seno fructífero y fecundo.

Oye cuál se hincha el grano rubicundo  
que el sol ardiente calentó en la era.  
Vendrá otoño que en mieses exuberaba  
y en él me mostraré gala del mundo.

La madre tierra soy: vives conmigo,  
a tu paso doblego mis abrojos,  
te doy el alimento y el abrigo.

Y cuando estén en mi regazo opresos  
de tu vencida carne los despojos  
¡con cuánto amor abrigaré tus huesos!

## XXI. Lumen

Las sombras palidecen. Es la hora  
en que, fresca y gentil, la madrugada  
va a empaparse en el agua sonrosada  
que ya muy pronto verterá la aurora.



El cielo vagamente se colora  
de virginal blancura inmaculada  
y hace en el firmamento su morada  
la luz, de las tinieblas vencedora.

Sobre las níveas cumbres del oriente  
en ópalos y perlas se deslíe,  
que desbarata en su cristal la fuente.

Del vaho matinal se extiende el velo  
y todo juguetea, y todo ríe,  
en la tierra lo mismo que en el cielo.

## XXII. Adiós al poeta

¡Santa Naturaleza, madre mía!  
Me has cobijado en tu regazo inmenso  
y disipaste con tu soplo intenso  
la nube del dolor que me envolvía.

Mas, ay, vuelve la vida ingrata y fría;  
mi sueño celestial quedó suspenso...  
Ya alza la tierra su divino incienso  
y en su carro triunfal asoma el día.

Poeta: es fuerza abandonar el monte.  
Bajemos, pues ya al ras del horizonte  
Venus agonizante parpadea,

tú al teatro, a la clínica, al Senado;  
I yo a vegetar tranquilo y olvidado  
en el rincón oscuro de mi aldea.

## NOCTIFER

Todo es cantos, suspiros y rumores.  
Agítanse los vientos tropicales  
zumbando entre los verdes carrizales,  
gárrulos y traviosos en las flores.

Bala el ganado, silban los pastores,  
las vacas van mugiendo a los corrales,  
canta la codorniz en los maizales  
y grita el guacamayo en los alcores.

El día va a morir; la tarde avanza.  
Súbito llama a la oración la esquila  
de la ruinoso ermita, en lontananza.

Y Venus, melancólica y tranquila,  
desde el perfil del horizonte lanza  
la luz primera de su azul pupila.

## NOCTURNO

Junto al rojo fogón de la cocina,  
bajo el techo de paja del bohío,  
ni lluvia torrencial, ni viento frío  
temo, cuando la noche se avecina.

Después, el sueño mi cerviz inclina,  
me arrulla el manso murmurar del río  
y encuentro en el reposo calma y brío,  
"al lado de mi vieja carabina"...

Cuando en el mar del cielo ya no bogue  
la luna y en el golfo del ocaso  
el grupo de las Pléyades se ahogue;

cuando entonen los pájaros la diana,  
del pobre hogar saldré con firme paso  
a bañarme en la luz de la mañana.

## NOSTÁLGICA

*«O ubi campi»*

En estos días tristes y nublados  
en que pesa la niebla sobre mi alma  
cual una losa sepulcral, ¡ay! cómo  
mis ojos se dilatan

tras esos limitados horizontes  
que cierran las montañas,  
queriendo penetrar otros espacios,  
cual en un mar sin límites ni playas.  
¡Pobre pájaro muerto por el frío!  
¿Para qué abandonaste tus campañas,  
tu cielo azul, tus fértiles praderas  
y viniste a morir entre la escarcha?

¡Oh, mi naturaleza azul y verde!,  
¿dónde están tus profundas lontananzas  
en qué otros días engolfé mi vista,  
anhelante de sombras y de ráfagas?  
¿Dónde están tus arroyos bullidores,  
tus negras y espantosas hondonadas  
que poblaron mi espíritu de ensueños  
o a los hondos abismos lo arrojaban?

He de morir. Mas, ay, que no mi vida  
se apague entre estas brumas. La tenaza  
del odio, de la envidia el corvo diente  
y el venenoso aliento de las almas  
por la corte oprimidas, aquí sólo  
podránme dar, al fin de la jornada,  
la desesperación más que la muerte,  
¡y yo quiero la muerte y pálida!

Y allá en tus verdes bosques, madre mía,  
bajo tu cielo azul, madre adorada,  
podré morir al golpe de un peñasco  
descuajado de la áspera montaña,  
o derrumbarme desde la alta cima  
donde crecen los pinos y las águilas  
viendo de frente al sol, labran el nido  
y el corvo pico entre las grietas clavan,  
hasta el fondo terrible del barranco  
donde me arrastren con furor las aguas.

Quiero morir allá: que me triture  
el cráneo un golpe de tus fuertes ramas  
que, por el ronco viento retorcidas,  
formen, al distenderse, ruda maza;  
o bien, quiero sentir sobre mi pecho  
de tus fieras los dientes y las garras,  
madre naturaleza de los campos,  
de cielo azul y espléndidas montañas.

Y si quieres que muera poco a poco,  
tienes pantanos de aguas estancadas...  
¡Infiltrame en las venas el mortífero  
hálito pestilente de tus aguas!

Ocaso

(A un pintor)

He aquí, pintor, tu espléndido paisaje:  
un lago oscuro, ráfagas marinas  
empapadas en tintas cremesinas  
y en el azul profundo del celaje,  
un tronco que columpia su ramaje  
al soplo de las auras vespertinas,  
y manchadas de verde las colinas  
y de amarillo el fondo del bosque;  
un peñasco de líquenes cubierto;  
una faja de tierra iluminada  
por el último rayo del sol muerto;  
y de la tarde al resplandor escaso,  
una vela a lo lejos, anegada  
en la divina calma del ocaso.

PAISAJES

I

*Meridies*

Rojo, desde el cenit, el sol caldea.  
La torcaz cuenta al río sus congojas,  
medio escondida entre las mustias hojas  
que el viento apenas susurrando orea.

La milpa, ya en sazón, amarillea,  
de espigas rebosante y de panojas,  
y reveberan las techumbres rojas  
en las vecinas casas de la aldea.

No se oye estremecerse el cocotero  
ni en la ribera sollozar los sauces;  
solos están la vega y el otero,

desierto el robledal, secos los cauces  
y, tendido a la orilla de un estero,  
abre el lagarto sus enormes fauces.

## II

### *Noctifer*

Todo es cantos, suspieros y rumores  
Agítanse los vientos tropicales  
zumbando entre los verdes carrizales,  
gárrulos y traviosos en las flores.

Bala el ganado, silban los pastores,  
las vacas mugiendo a los corrales,  
canta la codorniz en los maízales  
y grita el guacamayo en los alcores.

El día va a morir; la tarde avanza.  
Súbito llama a la oración la esquila  
de la ruinosa erminta, en lontananza.

Y Venus, melancólica y tranquila,  
desde el perfil del horizonte lanza  
la luz primera de su azul pupila.

## POEMA DE LA VIDA

### CANTO PRIMERO

#### *Idilio*

## I

Es la suprema floración del año.  
Ya la niebla no oculta los bohíos  
y los nidos del bosque, ayer vacíos,  
están llenos de pájaros hogaño.

Los vernaes deshielos, como un baño,  
el valle inundan con raudales fríos,  
donde llenan sus ánforas los ríos  
y beben las bandadas y el rebaño.

Ya de la sierra en el crestón gigante  
desbaratóse el gélido turbante  
que el invierno formó con sus neblinas

y, sobre el cielo azul, cuando atardece  
la sarta de las grullas desaparece  
y flotan las primeras golondrinas.

## II

Estremécese el aura tremulenta  
y la tierra, a los húmedos halagos,  
sigue, ya sin temor a más estragos,  
su fecunda labor, constante y lenta.

Doquier la vida su vigor ostenta:  
festonea las lilas y los dragos,  
hace brotar los mustios jaramagos,  
hincha la yema y el botón revienta.

Al tronco de los Arboles se prende  
de la hiedra la azul y verde malla,  
que en el bardal su pabellón extiende.

Y, empapada del Eter en las ondas,  
del sol al fuego, la capiña estalla  
en explosión de pétalos y frondas.

### III

En los collados y en la selva inculta  
del maternal amor se muestra el celo:  
oye el ave el reclamo, deja el cielo  
y acude al nido que el ramaje oculta.

Entre las hojas de la encina adulta  
se siente el ensayar del primer vuelo,  
y en el pico de rosa del polluelo  
su pico de ámbar la torcaz sepulta.

Muge la vaca en tanto que se aleja  
la cría por las quiebras del camino  
y, al blando son de la amorosa queja,

tiembla, cual amapola sobre el lino,  
la roja lengüecilla de la oveja  
del cordero el blanco vellocino.

### CANTO SEGUNDO

#### *Epitalamio*

### I

Resplandece la bóveda infinita  
con el fuego abrasante del verano  
y, en la inmensa extensión, el soberano  
elemento prolífico palpita.

La vida, como el alma de Afrodita,  
todo lo enciende: al hongo en el pantano,  
el ave y al cuadrúpedo en el llano  
y en el huerto a la humilde bellorita.

Exhalan sus aromas penetrantes  
el apio y la silvestre madre selva  
y el laurel odorífero retoña.

Y, el balar de los hatos trashumantes,  
en lo más escondido de la selva  
tañe Pan su dulcísima zampoña.

## II

Son las bodas campestres de las flores.  
Al beso del amor, antes latente,  
estremece sus ondas el ambiente,  
írguense los estambres tembladores.

Se impregnan los insectos zumbadores  
en el polen de oro refulgente  
y al par le lleva en su regazo ardiente  
el viento grácil esparciendo olores.

¡Oh, céfiro! ¡oh, abeja! ¡oh, mariposa!  
¡con qué ansiedad tan pudibunda espera  
vuestra llegada la naciente rosa!

Posad sobre su cáliz que el deseo  
desflora, mientras canta Primavera  
los eróticos cantos de Himeneo.

## III

Todo, al soplar las brisas tropicales,  
mueve la sangre y todo a amar provoca.  
Naturaleza entera es una boca  
donde palpitan besos inmortales.

Requíébranse en la rama los turpiales  
lanzando su canción alegre y loca  
y, en la cortante arista de la roca,  
se acarician las águilas reales.

Tálamo de las tiernas golondrinas  
es el aire, del tigre la espelunca,



del triscador ganado las colinas...

Nada tu fuerza poderosa trunca,  
pues, renaciendo tú de las ruinas,  
¡oh, fecundante Amor, no mueres nunca!

## CANTO TERCERO

### *Elegía*

#### I

En la intrincada senda, y en el rojo  
peñón, y en la monótona llanura,  
no queda ya ni un resto de verdura,  
ni una brizna de hierba, ni un abrojo.

Tan sólo cuelga su último despojo  
la seca hiedra, de la tapia oscura,  
bajo la cual el ábrego murmura  
y crujen las hacinas del rastrojo.

Viene la tarde cenicienta y fría  
y una desolación abrumadora  
se extiende sobre el monte y la alquería.

Nada se oye vivir. Sólo en la hora  
del declinar tristísimo del día,  
la parda grulla en el erial crotora.

#### II

¡Qué tristeza tan honda en el paisaje!  
Del Norte frío al destructor aliento  
suspendióse en el campo el movimiento  
y gimieron los troncos y el ramaje.

Ya no hay nidos, ni cantos, ni follaje,  
no se escucha un murmurio ni un acento

y apenas, junto al lago tremulento,  
se oye graznar al ánade salvaje.

En las regiones de Aquilón desata  
su furia y con fragor se precipita,  
sin cesar, sin cesar escarcha y llueve;

mientras inmensamente se dilata  
desesperante, trágica, infinita,  
la sepulcral blancura de la nieve.

### III

Si tan helada soledad impera  
en el mar, en la tierra y en el cielo,  
si ya no corre el límpido arroyuelo  
ni se mece el rosal en la pradera,

¡ah! no pensemos que la vida muera:  
amortajada con su blanco velo,  
bajo la opaca crústula del hielo  
una inmortal resurrección espera.

Mas ¿quien puede escuchar las misteriosas  
voces que eleva en místico murmullo  
el más alto seno de las cosas?

Nada sucumbe: el escondido germen,  
la crisálida envuelta en su capullo,  
la célula

### PULCHÉRRIMA DEA

Del mar de Chipre en la rosada orilla,  
blonda, a través de transparente bruma,  
aparece flotando entre la espuma  
de Citeres la virgen sin mancilla.

Es blanca la color de su mejilla

como del cisne de Estrimón la pluma,  
viste el fulgor de la Belleza suma  
y de las Gracias la expresión sencilla.

Extático el Olimpo adora en ella  
y se siente feliz. De polo a polo  
un himno Pan enamorado entona.

Toca en la playa la gentil doncella,  
y a su palacio de marfil Apolo  
la lleva y cine con triunfal corona.

### QUÉ ENFERMA Y DOLORIDA LONTANANZA...

¡Qué enferma y dolorida lontananza!  
¡Qué inexorable y hosca la llanura!  
Flota en todo el paisaje tal pavura  
como si fuera un campo de matanza.

Y la sombra que avanza, avanza, avanza,  
parece, con su trágica envoltura,  
el alma ingente, plena de amargura,  
de los que han de morir sin esperanza.

Y allí estamos nosotros, oprimidos  
por la angustia de todas las pasiones,  
bajo el peso de todos los olvidos.

En un cielo de plomo el sol ya muerto,  
y en nuestros desgarrados corazones  
¡El desierto, el desierto... y el desierto!

### UNA ESTEPA DEL NAZAS

¡Ni un verdecido alcor, ni una pradera!  
Tan sólo miro, de mi vista enfrente,  
la llanura sin fin, seca y ardiente  
donde jamás reinó la primavera.

Rueda el río monótono en la austera  
cuenca, sin un cantil ni una rompiente

y, al ras del horizonte, el sol poniente,  
cual la boca de un horno, reverbera.

Y en esta gama gris que no brillanta  
ningún color; aquí, do el aire azota  
con ígneo soplo la reseca planta,

sólo, al romper su cárcel, la bellota  
en el pajizo algodonal levanta  
de su cándido airón la blanca nota.

#### VOZ INTERNA

En las noches tediosas y sombrías  
buscan su nido en mi cerebro enfermo,  
plegando el ala ensangrentada y rota,  
mis antiguos recuerdos.

No vienen como alegres golondrinas  
de la rústica iglesia a los aleros,  
trayendo de la rubia Primavera  
las blandas brisas y los tibios besos.

Vienen, como los pájaros nocturnos,  
a acurrucarse huraños y siniestros  
de la musgosa tapia en las ruinas  
o de la vieja torre entre los huecos.

¡Que vengan en buena hora, que no tarden!  
¡Por qué no se apresuran? ¡Los espero!...  
¡Hace ya tantos años que dormito!  
¡Hace ya tanto tiempo!

El negro muro del hendido claustro,  
aunque roto y abierto,  
aún se mantiene en pie, y en las ojivas  
del campanario viejo,  
si no hay esquilas que a la misa llamen  
al asomar el matinal lucero  
o anuncien la oración al campesino  
y la hora del regreso  
a las muchachas de la azul cisterna,  
al pastor y al vaquero;

si ya no hay campanitas que repiquen  
del santo titular a los festejos,  
hay oquedades hondas y sombrías  
que abrigarán en sus oscuros senos  
a las lechuzas pardas y siniestras  
y a los pájaros negros...

### Y NO SABRÉ DECIRTE...

Irás por el camino gloriosamente quieta  
glosando los perfumes y las cadencias todas,  
y en torno de tus ojos lucirá la violeta  
y en tu traje la nieve....así como en las bodas.

Te besarán las trenzas los hombros soberanos,  
los hombros escultóricos de mármoles morenos,  
y un beso de crepúsculo habrá sobre tus manos,  
y una eclosión de rosas habrá sobre tus senos.

Tus labios milagrosos dirán romanzas nuevas  
-asombro de los pájaros y amor de los caminos-  
y el viento jovialmente dirá: ¿Por qué te llevas  
todo lo que de dulce conservo de los trinos?

La fiesta de los campos será, por ti, completa:  
las voces del arroyo serán, por ti, de plata;  
y el cielo habrá de darte su lírica paleta  
bañándote en sus tintas como una catarata.

Y al ver cómo te nimbas de luz y palideces  
vestida con el traje de gala de las flores;  
y al ver tus verdes ojos, y al ver que resplandeces  
bajo la insigne llama del sol de los amores;

y al dejo de fragancias que dejen tus aromas,  
y al ver que recibirte me apresto en el sendero...  
habrá sobre las almas un vuelo de palomas...  
¡y no sabré decirte lo mucho que te quiero!

### YA DE GLICERIS LA MIRADA ARDIENTE...

Ya de Gliceris la mirada ardiente,

de las blondas pestañas bajo el manto,  
hizo latir tu corazón, y en tanto  
probaste el agua en la Castalia fuente.

Viste bañarse en la húmeda corriente  
faunos y ninfas con divino encanto  
y en el triclinio resonó tu canto,  
coronada de pámpanos tu frente.

Al acre jugo de las vides nuevas  
en ánfora pagana mezcla ahora  
sangre de Pan y leche de Afrodita.

Verás qué versos en el canto elevas,  
pues ya en tu flauta rústica y sonora  
la divina Alma Genitritx palpita.